

SEMANA SANTA, TIEMPO PRIVILEGIADO

Guillermo Rosas ss.cc.

La semana Santa, corazón del año litúrgico, es uno de esos “tiempos favorables” de gracia del Señor en los que sobran los estímulos para crecer en la fe y sólo se necesita abrir la vida a la acción de Dios para recibir de él, que “nos amó primero”, todo lo bueno. Para vivirla bien, lo primero es reconocerla como un tiempo privilegiado del año, abrirle paso en la monotonía de las semanas como a una semana extraordinaria por su riqueza espiritual y litúrgica. La semana santa no es una semana cualquiera; es la semana del año, aquella que habría que privilegiar sobre todas las otras 51 para entrar en el santuario de la intimidad con Aquél que nos ha amado y celebrar en comunidad la Vida resucitada, con toda su riqueza interior y todas sus consecuencias para la misión en el mundo.

Un poco de historia

Desde tiempos remotos la Iglesia de los cristianos fue formando un tiempo de preparación a la gran fiesta pascual. Inicialmente, en una Iglesia en formación y poco centralizada en sus usos litúrgicos, este tiempo varió en su duración de lugar a lugar. Pasaron muchos siglos hasta que llegasen a ser, para la Iglesia de rito romano, los actuales cuarenta días de preparación, que llamamos por eso “Cuaresma”.

El proceso tuvo como núcleo la “pascua semanal”, es decir el día domingo (de *dominica dies*, “día del Señor”), que celebraba una vez a la semana el acontecimiento clave de la fe de la nueva Iglesia, la resurrección de Jesús. Desde esta fiesta regular y frecuente se pasó a celebrar con mayor solemnidad la recurrencia anual de la fecha de la resurrección, y de allí a desplegar más aún la celebración agregando un largo tiempo de preparación caracterizado por las actitudes de la conversión y la penitencia, y una semana de preparación inmediata en la que se recuerda, con ese sentido histórico que caracteriza la fe del pueblo de Dios desde el Antiguo testamento, cada paso de la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

La Iglesia no se contentó tampoco con festejar la resurrección de Cristo el día señalado, sino que prolongó hacia delante la fiesta por ocho días más (la “octava de Pascua”), y después por cincuenta días más, formando lo que hoy llamamos la “cincuentena pascual” que culmina con la fiesta de la efusión del Espíritu Santo, Pentecostés (la palabra “Pentecostés” viene de *pentekosté heméra*, es decir “quincuagésimo día”).

Así, la historia de la pascua anual es la de una fiesta que comenzó con la celebración del domingo de resurrección y que, creciendo en círculos concéntricos, se proyectó hacia atrás en un largo tiempo de preparación, en una semana inmediata de preparación y memoria de la pasión, en una octava de gozo pascual que se celebra como si fuera un solo y gran domingo, y en cincuenta días que prolongan la alegría de la resurrección hasta la culminación de pentecostés. Con el lunes siguiente al domingo del Espíritu Santo recomienza el “tiempo ordinario” en el que una vez más el domingo sigue destacando como la “pascua semanal” de los cristianos.

¡Todo es Pascua, en la Iglesia!

El acontecimiento dominante, central, origen de todo sentido cristiano, es la muerte y resurrección de Jesucristo. Durante todo el año litúrgico no hacemos otra cosa que desplegar ese único evento liberador celebrándolo no sólo cada domingo, sino también en los sacramentos, en las demás fiestas del Señor (Navidad y Epifanía, Sagrado Corazón, Corpus Christi, Cristo Rey del Universo, Transfiguración, y otras), en las fiestas de la Virgen María, asociada de forma radical al proyecto salvador de la encarnación de Dios, discípula ejemplar y Madre, y en las fiestas de los santos, que son Evangelio personal, testigos, mártires, apóstoles, seguidores radicales de Jesús, como Jesús. Toda celebración de la Iglesia bebe de la única fuente vital de la pasión, muerte y resurrección de Jesús y trae, como un destello de luz, la vida del resucitado a la asamblea celebrante. ¡Todo es Pascua!

La memoria de los acontecimientos previos a la muerte y resurrección de Jesús está, en la liturgia que celebramos esos días, atravesada por esa certeza de la resurrección. Nosotros conocemos el desenlace histórico de esos eventos, y por eso la alegría puede ser el sentimiento dominante. La rebeldía de Pedro ante los anuncios de la pasión, la tristeza de ver al Maestro flagelado y llevado a la muerte, la angustia de no saber qué pasaría con el crucificado el día después de su muerte, todo eso nos ha sido ahorrado: ¡resucitó!

Sin embargo, celebrar la Pascua es también actualizar esos eventos históricos, en la certeza de que la historia actual no es indiferente a la pasión, muerte y resurrección históricas de Jesús de Nazaret. Celebrar la Pascua es celebrar la pasión, muerte y resurrección de Cristo en el hoy y aquí de nuestra situación. Cristo vive, glorioso, a la derecha del Padre; pero, con igual verdad, creemos que la pasión de Cristo continúa en la pasión de los empobrecidos, de los afligidos, de los marginados, de los tristes, de los que sufren con cualquier clase de dolor. En sus rostros Cristo clama y padece, en sus miembros muere, y también resucita. El misterio del grano que no da fruto si no muere sigue vivo en la historia como un misterio difícil de entender, pero fácilmente reconocible para los ojos de la fe. El Cristo de Mateo 25, que se identifica con el hambriento y sediento, con el desnudo y el encarcelado, continúa siendo un clamor que desde los rostros de los sufrientes nos llama a celebrar una semana santa centrada en un memorial que, lejos de ser recuerdo piadoso de acontecimientos del pasado, nos convida a profundizar nuestra fe en la acción actual del Dios de la Vida, del liberador de todas las ataduras del ser humano, de todo lo que lo envilece, lo desintegra y, finalmente, lo mata.

Cada uno de los días

¡Todo es Pascua! En la semana santa volvemos a reconocer esa dinámica íntima de nuestra fe, esa clave de lectura de todo lo que somos y, sobre todo, de cómo es nuestro Dios.

Celebrar la muerte y resurrección el **Domingo de Ramos** nos coloca así ante la verdad dolorosa de nuestros entusiasmos pasajeros, nuestras adhesiones superficiales, como la semilla aquella que cae sobre piedras y al comienzo brota, entusiasta, hasta secarse por falta de raíz; con ella contrasta la fidelidad y serena perseverancia de Jesús, que seguro de estar al final de su camino terrenal, toma fuerzas, tal vez de esa misma multitud hosanante, para hacer la voluntad del Padre y no la suya en el huerto de Getsemaní.

Del **Lunes al Miércoles Santo** experimentamos la verdad del seguimiento: en las buenas y en las malas. La fidelidad de discípulos no tiene nada que ver con la afiliación a clubes o a causas generosas. Seguir a Cristo es amarlo sobre todo lo que es contrario al Evangelio y entrar en su misión. Estos días nos muestran que ser discípulo comporta necesariamente un grado de conflicto con la sociedad, con la cultura imperante, con los valores establecidos; no porque se busque, sino porque los criterios de Dios a menudo contrastan con el pecado del mundo.

El Jueves Santo nos sentamos a la mesa con Jesús, y somos Pedro, somos Juan y somos Judas Iscariote: dudamos, amamos, traicionamos. Somos amigos de Jesús, sus amigos, los más íntimos. Nos deja el signo celebrativo por excelencia: “Hagan esto en memoria mía”. A las puertas de la muerte, Jesús nos ama, y lo hace hasta el extremo, repartiendo su cuerpo y su sangre como alimento de vida a los que ama. Sabe de nuestro amor, de nuestras dudas, de nuestra traición y de nuestra debilidad; por eso nos fortalece con ese pan y ese vino.

El Viernes Santo asistimos a su pasión y muerte. Lo vemos sobre todo como el siervo sufriente, el que carga con el pecado de muchos, el que no se resiste a una violencia que denigra a quienes la cometen más que a quien la sufre. Allí está, solo (lo hemos abandonado ya, aterrorizados de correr igual suerte que la suya...), sin sus amigos. Junto a la cruz llegan María, su madre, y Juan, el discípulo que más quería; en medio del dolor está el gozo de saber que al menos las personas más amadas están allí, desconcertadas y llorosas, pero presentes.

El Sábado es un día de incertidumbre histórica, pero para nosotros un día de ingreso en nuestra intimidad para estar muertos con Jesús y los que mueren hoy. No para solazarnos en la tristeza, sino para gustar el misterio del grano que, muerto, no está quieto. En su germen se mueve algo, se prepara algo, se vislumbra algo. En nuestro corazón se teje la certeza de la Vida, y una fuerza misteriosa comienza a presionar hacia fuera para ver la luz. Llegamos así a la vigilia pascual. En medio de la oscuridad esa luz ahora crece y lo domina todo. En medio de la noche celebramos el día; en medio de la muerte, irrumpe la resurrección y la vida. La paradoja se hace fiesta y quiere hacerse misión en el instante mismo de terminar la fiesta.

Domingo de gloria... ¡todo es Pascua! La semana santa sabe ahora porqué es “santa”. Ha llegado a su culminación y parece que más que días vividos de una semana corriente, hemos entrado en el engranaje secreto de la vida divina, en el Corazón de Jesús: allí donde late lo más propio de su condición de Dios y de Hombre, de Hijo, de profeta, de hermano, de maestro, de Resucitado. Allí donde experimentamos que el amor de Dios ha sido revelado a los hombres en su vida concreta, no como sentimiento, sino como fuerza de todas las cosas, como dinámica esencial de la presencia y acción del Espíritu en la historia.